Tom. III. Num. 55. —33— 28 de Abril de 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

VENTAJAS DEL QUE NO TIENE PIERNAS Ó DEL QUE LAS LLEVA DE PALO.

ARTÍCULO DE INTERES GENERAL.

II.

Por mas que los optimistas se persignen escandalizados, es necesario convenir en que debemos á la naturaleza muchos males, y que este mundo está muy lejos de ser el mejor de los posibles. Tal vez la Providencia ha tenido á bien hacerle tal como nos le encontramos para que no nos encariñemos demasiado con las cosas mundanas y aspiremos con mas ardor á buscar la felicidad verdadera en un punto distinto del que los moradores de la tierra tenemos la desgracia de habitar. Si no fueron estas las miras de la Providencia, habrán sido otras ó ninguna; no nos toca á nosotros, débiles mortales, levantar el velo con que ha querido el Supremo Hacedor ocultar á nuestras profanas miradas sus incomprensibles misterios. Pero lo cierto es que á lo que nuestra pobre razon alcanza, el universo está plagado de cosas que á nosotros nos parecen imperfecciones, aunque segun el fin que al formarlas se propuso el Creador acaso no lo sean, y deber nuestro es corregirlas y perfeccionarlas, ya que el mismo Autor de todas ellas ha dotado á muchos hombres de deseos y medios de conseguirlo. En esto la voluntad del Omnipotente se manifiesta de una manera bien esplícita. Si Dios hubiera querido que el mundo permaneciese tal como salió de sus manos hasta el dia del juicio final, se hubiera guardado bien de dar á los hombres este espíritu de innovacion que incesantemente altera la superficie del globo sublunar. Es necesario que convengamos en que el mundo es no mas que un borrador sin corregir, un imperfecto bosquejo, una obra á medio hacer, y que para concluirla la Providencia ha dotado á algunos seres privilegiados de un genio fecundo, activo y emprendedor que es un verdadero destello de la Divinidad. Reflexiones son estas de muchísima importancia y que he creido conveniente hacerlas para que nadie diga que el querer sustituir con piernas artificiales las que debemos á la naturaleza, es rebelarse contra la obra de Dios. Al contrario, me consideraria criminal á los ojos del Señor si no siguiese en esta ocasion la línea de conducta que me parece trazada por su misma mano, si por mas tiempo resistiese los filantrópicos impulsos de mi corazon que no son otra cosa que una especie de partes telegráficos con que Dios me comunica sus órdenes, si por mas tiempo en fin dejase de conocer y cumplir la sublime mision que la Providencia me ha encargado poniéndome de manifiesto los defectos y vicios de que las piernas adolecen y los medios que debo revelar á la humanidad para corregirlos completamente.

Los defectos y vicios de nuestras piernas naturales y los males sin cuento que las debemos, quedan bien manifestados en el artículo anterior, en que probé con argumentos irrecusables la necesidad de desprendernos de ellas, si queremos de una vez para siempre destruir el mas fecundo manantial de nuestras calamidades. En la actualidad no es posible que haya uno solo de los que leyeron mi artículo precedente tan rebelde á la sana lógica, ni tan refractario á la razon, que no esté convencido de que la amputacion de las piernas es una cosa precisa. Pero las piernas, á pesar de sus defectos, nos prestan servicios á que la humanidad entera les debe estar agradecida; sus usos son de un interés tan esencial para la mayor parte de los actos de nuestra vida relativa, que desterrarlas del mundo seria poner á la humanidad el epitafio. No es esto decir que un individuo no pueda pasarse sin piernas, pero la humanidad entera no podria sin ellas existir. Así pues, nada tendria que agradecérseme y sí mucho que reconvenírseme por mis doctrinas, si despues de haber

demostrado la importancia de la amputacion de las piernas, no manifestase los medios de sustituirlas con otra cosa que al mismo tiempo que gozase de las ventajas de aquellas, no adoleciese de sus defectos. Las piernas de palo, que son el objeto de este artículo, allanan á mi entender todos los inconvenientes.

Es una verdad conocida, evidente, confirmada por la autoridad de todos los bienaventurados que, debiendo á una bala de cañon, á la mano de un cirujano, ó á cualquiera otra causa accidental ó congénita el envidiable privilegio de no tener piernas naturales, las han sustituido con otras de palo, que estas últimas son inaccesibles á los uñeros, á los callos y á los sabañones. ¡Uñeros, callos y sabañones! ¡Ahí es un grano de anís! Me parece que esta sola circunstancia las recomienda suficientemente, y que no habria necesidad de otra para preferirlas á las de carne y huesos. Tampoco la gota ejerce en ellas su funesto influjo. De esta terrible enfermedad que con tanta frecuencia se fija en los piés y que como rabiosa demagoga ataca con predileccion á la gente de mas alto copete, se hallan libres las piernas de los que las llevan de palo. ¡Y cuántas mugeres están opiladas y cloróticas y sufren un sin fin de enfermedades propias de su sexo que las deben á la humedad en los piés! ¡Cuántos deben á esta misma causa violentos dolores reumáticos que les hacen odiosa la existencia! Pues bien, la humedad no produce ninguno de estos terribles efectos en el que tiene las piernas de palo, como que otra de las grandes ventajas de estas piernas es no tener piés, y cuenta con que los piés desde tiempo inmemorial por sanos que hayan sido se han considerado como una cosa mala. ¿A qué deben la preferencia que sobre todas las europeas se han merecido las andaluzas, sino á la pequeñez de su pié? ¡Cuánto mayor pues seria su mérito si ni siquiera piés tuviesen! ¿Hay quién ignore que cuando se trata de envilecer ó ultrajar á una persona con frecuencia se la llama cuadrúpeda? Si fuesen los piés una cosa digna de aprecio con este dictado, se la encomiaria en lugar de ultrajársela. Es pues incontestable que en todos los tiempos el vulgo ha profesado á los piés una antipatía que debemos considerarla justa, porque no hay que darle vueltas: *vox populi*, *vox Dei*.

¿Y cómo podria el mundo simpatizar con los piés cuando son seguramente lo mas vil de nuestra organizacion, motivo sin duda por el cual ha querido Dios colocarles en la parte mas inferior en los animales que los tienen? De sus abiertos poros sale á menudo este sudor hediondo que atropella todos los olfatos, que pudre todos los calcetines, que destroza todas las botas, que acibara en verano las delicias de las tertulias, y cuya supresion da orígen á muchas y muy graves enfermedades. Puede decirse que el hombre en quien esta transpiracion es muy abundante, lleva en los piés el sello de reprobacion que llevaba Cain en la frente. Entre él y sus semejantes, á instancia de todas las narices, se establece un rigoroso cordon sanitario; la sociedad le rechaza, le aisla, le proscribe; para él es el mundo entero un lazareto, donde solo y sin comunicacion de ninguna especie se ve obligado á hacer una penosa cuarentena que dura al menos tanto como los ardores de la canícula; no se le acercan mas que sus herederos y sus acreedores si los tiene, y aun esos, mientras dura la entrevista, respiran muy de tarde en tarde, y ensanchan la distancia que les separa del fétido interlocutor cuanto lo permite la capacidad del aposento en que se encuentran. Esto es bochornoso y atroz. El sudador, como tenga pizca de vergüenza, y como no sea muy inhumanamente egoista, está privado de ir al teatro, porque de otra suerte es seguro que todas las lunetas que se hallen comprendidas en el radio de dos varas de la que él ocupe, quedarán desiertas desde luego, á no ser que sean los espectadores bastante magnánimos para pasar toda una funcion con ambas manos aplicadas á las narices. ¡Ay de ellos si destruyen casualmente esta solucion de contigüidad establecida entre las manos y el órgano olfatorio! ¡Ay de ellos si dejan un momento abiertas las ventanas de la nariz! Este descuido puede costarles la vida. Los pestilentes miasmas están en acecho, y cuando menos se piensa se introducen como ladrones hasta el mas recóndito rincon de la pituitaria. Y como un sudador de piés no por ser tal ha de ser un Calígula ó un antropófago, es de aquí que nunca va al teatro como no pueda tomar solo para él un palco entero, ya que no se le consienta tomar todas las localidades del patio ó de la cazuela. Yo en verdad tengo en esos desgraciados mucha confianza; creo que en obsequio á sí mismos y á sus semejantes serán los primeros que reemplazarán con piernas artificiales las que sacaron del vientre de su madre, apenas se hayan hecho cargo de las razones que alego en este y en mi anterior artículo.

Las pedradas y porrazos en la espinilla que tan vehementes dolores ocasionan, tampoco producirian ninguna sensacion desagradable si las piernas fuesen de palo. Dios sabe con esto las dolencias de que nos librariamos y las visitas de médicos de que podriamos prescindir, lo que seria una segunda ventaja, porque á los ojos de todo hombre sensato los médicos son una segunda enfermedad con frecuencia mas peligrosa que la que nos obliga á llamarles.

Pero no es solo como medida higiénica que aconsejo á mis semejantes el uso de las piernas de arti-

ficio. La mayor parte de los actos que nuestros deseos y necesidades nos obligan á ejercer reclaman imperiosamente esta sustitucion que sujeto al buen criterio de mis lectores. En primer lugar las bellas teorías de igualdad de que tanto se ha hablado desde que el mundo es mundo y que al cabo todos los hombres pensadores las han abandonado y proscrito como otra de las muchas utopias que embellecen los sueños de los poetas, empezarian á realizarse por medio de las piernas de palo, al menos con respecto á la estatura. El ridículo que derraman los satíricos sobre los hombres de poca talla, no heriria á nadie absolutamente. Los enanos, esos infelices á quienes ha condenado su mala suerte á no poder participar con los ojos de ningun espectáculo ni de ninguna diversion que atraiga mucho gentío, esos infelices que treinta años despues de haber nacido podrian sin encontrar obstáculo volverse al seno de su madre y allí permanecer en estado de feto tan á sus anchuras como en una plaza pública, desaparecerian desde luego de entre nosotros; con el ausilio de las piernas todos lograrian agigantarse y se pondrian al nivel de los mismos á quienes ahora solo pueden hablar al oido por medio de una escalera de mano. Entonces estos desventurados, que no por ser pequeños dejan de estar hechos como nosotros á la imágen de Dios, disfrutarian tambien de las fiestas públicas, y se conseguiria ademas estinguir las rivalidades sin cuento á que dan orígen las diferencias de estatura. Por otra parte esta nivelacion seria muy ventajosa á la generalidad. Como una vez verificada, á nadie eximiria la diferencia de talla de caer soldado, porque no habria tal diferencia, la desgracia se repartiria entre un número mucho mayor de individuos, y el riesgo de cada uno en particular seria de consiguiente mucho menor. ¡Y cuán hermoso pareceria un ejército con piernas de palo! El primer soldado de cada compañía no discreparia del último una sola línea, las cabezas de un regimiento formado en masa presentarian una superficie tan lisa é igual como la de un callado estero ó la de un puerto bonancible, y las de un regimiento formado en batalla se asemejarian á una guardaraya ó pedestal de boj de un delicioso pensil acabado de recortar por la diestra mano del mas hábil jardinero. ¡Qué tallas tan gigantescas é imponentes serian entonces las de nuestros soldados! ¡Ojalá el gobierno haga adoptar pronto al ejército las piernas de palo ya que se trata de llevar á cabo la espedicion de Marruecos! El éxito será seguro; creerá el tingitano que tiene que habérselas con una nueva raza de titanes, y despavorido nos abandonará la victoria, sin siquiera disputárnosla.

Todos los hombres, pero mas especialmente los traperos y los mendigos contra quienes los perros han concebido un odio tan profundo que al parecer se va dilatando de generacion en generacion, reportarian de las piernas de palo grandes beneficios. Podrian entonces reirse de los ladridos amenazadores del mas espantoso alano, y cebar impasibles la voracidad de la fiera dándole á roer la pierna luego

que intentase el animal pasar á vias de hecho. Como el perro no mordiese mas que la pierna, es seguro que ningun daño causaria á su pretendida víctima aunque estuviese atacado de hidrofobia.

Ni serian menores las ventajas que de las piernas de palo reportaria el peregrino. Sin lastimarse los piés recorreria los mas dilatados desiertos, podria sin necesidad de alpargatas ni sandalias caminar entre zarzas y abrojos; ni tendria jamás que sentarse al pié de una oásis ó de una antigua esfinge por impedirle seguir su camino la arena interpuesta entre su calzado y sus piés. Si quisiera hacer uso de unas piernas muy largas, de un solo paso cruzaria los rios mas caudalosos, ó de otra suerte podria vadearlos sin sentir ninguno de los fatales efectos que produce la humedad en la máquina animal.

Los vegigatorios, los sinapismos, el torvisco, en una palabra, todos los medicamentos que designa el arte con el nombre de epispásticos, aplicados á las piernas de palo no causarian tampoco ninguno de los dolorosos resultados que tanto molestan á los enfermos. Ni la potasa cáustica, ni el mismo cauterio actual harian prorrumpir al paciente en un ay que revelase sus dolores.

Para viajar en diligencia nada hay seguramente mas incómodo que las piernas que en la actualidad usamos. Las de palo son levadizas; pueden colgar-

se mientras uno viaja lo mismo que el paraguas ó la sombrerera, procurando tenerlas á mano para todos los casos en que sea preciso apearse. Y no es solo el bienestar del individuo, sino la sana moral la que reclama imperiosamente que para viajar en diligencia se sustituyan las piernas naturales con piernas de artificio. ¿Hay cosa que ponga mas en peligro la castidad de una muger, que el largo y forzoso contacto de sus rodillas con las de otro individuo del sexo feo? Muchas derrotas debe á este roce el honor de los maridos y de los padres de familia.

Algunos me objetarán diciéndome que las piernas de palo ofrecen tambien graves inconvenientes sobre todo para la marineria que no podria encaramarse con ellas donde lo reclaman las maniobras.

Este argumento muy fuerte en apariencia es realmente muy fútil. Los marineros para llegar aunque fuese al tope de un navio no necesitarian moverse de la cubierta procurándose unas piernas de palo que podrian ser tan largas como el palo mayor, y si este método no pareciese el mas oportuno ¿no podrian hacerse con unas piernas especiales distintas de las de la gente de la tierra que fuesen ahorquilladas y rematasen en una especie de dedos como las patas de las gallinas? Esas hendiduras se amoldarian perfectamente á los flechastes y demas cuerdas de la jarcia, y harian tal vez las piernas de palo mucho mas propias al efecto que las que ahora se gastan.

¡Quién lo diria! Hasta para los bailes de máscara son las piernas de palo de una utilidad inmensa. Me hace pensar en esto un caso horrible que se me refirió y que usándose las piernas de palo no hubiera seguramente tenido lugar. Habia en no sé qué ciudad una señora hermosisima que por su desgracia era la mas alta de todas las ciudadanas. Ocurriósele ir á un baile de máscaras sin consentimiento de su marido. Este, que era celoso como un gato, no hallándola en casa á la hora regular, adivinó la treta y se fue inmediatamente al baile con el objeto de encontrarla. En vano se habia la infeliz disfrazado lo mejor que pudo para no ser de nadie conocida; su estatura la hizo traicion y la descubrió al celoso marido en el momento en que se hallaba la infeliz chichisveando con una máscara que no era de su sexo. Creyóse el esposo ofendido y no pudo reprimir su cólera; todos los concurrentes se alarmaron; oyeron dos tiros, y bien pronto aquel lugar de recreo presentó manchas de sangre. Se sacaron dos cadáveres. El uno era el de la esposa, el otro el del marido. Este arrebato cruel redujo á la miseria á tres hijos de los desgraciados esposos. Si se hubiesen usado piernas de palo ¿hubiera sucedido esta catástrofe? ¿Hubiera la estatura revelado la realidad al iracundo marido? No hemos de suponer tan poca prevision en las mugeres. La desdichada de que me ocupo no queriendo ser conocida hubiera tenido buen cuidado en armarse para el baile de unas piernas menores que las de costumbre, y hubiera conseguido el objeto. ¿Qué responderán á esto mis adversarios?

Si este artículo no se hiciese demasiado largo, manifestaria muchisimos otros inconvenientes que solo las piernas de palo pueden allanar. Pero creo que las ventajas mencionadas bastan para reducir á la razon al mas obstinado piernófilo, y dejo por tanto que la práctica universal revele las que yo he pasado en silencio. Sin embargo no me es lícito concluir mi tarea sin antes hacer observar á las naciones civilizadas los inmensos recursos y eficaces medidas que de las piernas de palo podria derivar un gobierno protector para sostener el órden, garantir la seguridad individual y aumentar considerablemente las riquezas del tesoro. Es innegable que cuanto mayores son las piernas tanto mas largos son los pasos, y que la estension de estos no es una cosa indiferente para la velocidad de la marcha. Conocido esto, podria el gobierno establecer una medida de piernas general para todos los individuos, no permitiendo á nadie traspasar el *máximum* establecido sin una autorizacion previa que solo deberia obtenerse mediante una retribucion, como se hace con las licencias de caza. Dios sabe con esto cuan grandes serian entonces los ingresos en las arcas públicas. La autorizacion de piernas que escediesen á la marca, no deberia concederse jamás á hombres de sospechosa conducta ó poco amigos de la situacion. Disponiendo al mismo tiempo que los individuos del ejército y los agentes de seguridad pública hiciesen uso de piernas mucho mayores que el resto de los ciudadanos, al menor síntoma de alarma podrian caer numerosas fuerzas encima de la poblacion disidente, y de este modo en un santiamen se ahogarian las revueltas. No veriamos entonces como ahora un malhechor á menudo mas ágil que un hombre de bien. No se burlarian los bandidos de sus perseguidores, y muy pronto la faccion del Maestrazgo sabria lo que es bueno.

Las piernas de palo son de quita y pon, y de esta circunstancia sacaria inmensa ventajas un gefe militar, pues cuando querria sostener un punto á todo trance mandaria recoger las piernas de todos los soldados y de este modo evitaria con seguridad la desercion, la dispersion y la fuga. Por otra parte el número de bajas en tiempo de guerra seria muchisimo menor; las heridas de piernas á nadie obligarian á pasar á un hospital de sangre, y teniendo piernas de repuesto en los carros de los

bagages, sobre el mismo campo de batalla podrian los heridos hacerse con una pierna nueva. ¿Te parece, lector, pequeña esta ventaja?

No es pequeña esta ni ninguna de las otras que he mencionado. A pesar de todo tengo un triste presentimiento. Para que este artículo produjese los resultados que mi filantropia me hace desear, seria necesario que los españoles tuviesen mas patriotismo, ó que fuesen los estrangeros menos esclusivistas. Basta que el pensamiento de sustituir las piernas naturales con las de artificio, haya sido concebido por la cabeza de un español para que mis compatriotas le desechen y los estrangeros no le adopten en la práctica. Apuesto que ni se crea una cruz especial para premiar los esfuerzos de mi genio, ni tampoco se me confiere ninguna de las creadas. ¿Pero qué importa? ¿Dejará por esto de ser grande el mérito que con esta teoría he contraido? Si la generacion actual no me hace justicia, acaso sean menos inicuas las venideras, y ¡dichoso yo si algun dia consagran lágrimas á mi memoria y flores á mi tumba algunos hombres agradecidos que se acerquen con piernas de palo á mi última morada!

A. Ribot y Fontseré.

RESPUESTA

Á LA CARTA DE D. EDUARDO ASQUERINO Y D. MARIANO URRABIETA.

Medina del Campo 14 de abril.

En la primera cuarteta
Villergas saluda fino
á Urrabieta y Asquerino,
á Asquerino y á Urrabieta.
Y no os disputeis jamás
la preferencia en el puesto,
pues ya sabeis que «atras esto
es lo mismo que «esto atrás.»
Mas alegre que hombre chispo,
y esto en mi no es maravilla,
me teneis en esta villa
pasando vida de obispo.
Soy de mis caprichos dueño
y sin pensar en mañana,
como cuando tengo gana,
duermo cuando tengo sueño.
Disimuladme si apático
respondo á vuestro papel,
pues cosas decis en él
que me dejaron estático.
Mas tanto de acá sin mónita
diré si me da la gana,
que á la gente cortesana
la puedo dejar atónita.
Es la gente de esta tierra
tan pertinaz y tenaz,
que cuando quiere la paz
es porque no quiere guerra.
De estos buenos habitantes
quien mas trabaja mas suda:
al que suda Dios le ayuda
y tambien sus semejantes.
Que aunque hay vagos estafermos
he visto ayudar, y aprisa,
los monaguillos á misa
y el doctor á los enfermos.
Se olvidan las etiquetas,
se olvida cualquier enojo;
pero casi á ningun cojo
se le olvidan las muletas.
Abundan locos sin tasa
y bobos hay otros tantos,
mas ninguno tira cantos
al tejado de su casa.
En esta tierra es de fé,
no lo tengais por mentira,
si vé menos quien mas mira,
quien mas mira menos vé.
Desde el noble al pisaverde
que á jugar al monte acierta,
si halla la contraria en puerta
cuanto mas pone mas pierde.
Aquí el que no grita clama,
y el que no clama vocea,
y el que no brinca patea,
y el que no llora no mama.
Los malos y los peores
quieren que ande el diablo suelto
y es porque á rio revuelto
ganancia de pescadores.
¡Qué encontrados pareceres!
En fin ¿qué tal andará
cuando los hombres acá
se casan con las mugeres!
No son cuestiones de nombres
las rarezas que aqui pasan;
ya veis, en Madrid se casan
las mugeres con los hombres.
Cuando se toca á pagar
la contribucion nefanda
nadie sabe por donde anda
para sumar y restar.
Pero si les dan dinero
todos saben dividir,
y en vez de medio partir
quieren partir por entero.
Cuando alguno con ahinco
á echar cuentas me importuna,

con decir «cuatro mas una»
les digo cuantas son cinco.
Y tened por cosa cierta
que siempre que hablar me toca
los que no cierran la boca
me oyen con la boca abierta.
A imitacion de Marica,
la del refran castellano,
aquí todo ciudadano
se rasca donde le pica,
Limpian las gentes magnánimas
el polvo con el cepillo,
menos el ruin monaguillo
que este limpia el de las ánimas.
Y todos á troches moches
dan con muchas cortesías
de dia los buenos dias,
de noche las buenas noches.
Los jardines tienen plantas
y dan peras los perales,
nueces hay en los nogales
y tambien en las gargantas.
Abur, que me canso ya,
si Dios quiere nos veremos;
y si acaso no nos vemos,
hasta el valle Josafá.
Y sin gastar mas saliba
mil memorias os encajo
á Carabanchel de abajo
y á Carabanchel de arriba.
Mientras Dueros y Pisuergas
corre como un azacan,
Villergas Martinez Juan,
ó *Juan Martinez Villergas*.

LA NOCHE DE SAN MARCOS.

De una historia verdadera
cuyo autor calló su nombre,
ó por modesto, ú por hombre
que volaba en otra esfera
y fué historiador casual,
saco aventuras estrañas,
siquier parezcan patrañas,
siquier leccion de moral.
Y pues el verso requiere
mucha calma y mucha cosa,
mejor será hablar en prosa
y salga lo que saliere.

¡Mal rejalgar te se vuelva! decia un ricote frances á su muger en tiempos que nuestros amados vecinos, los que moran allende los Pirineos, comenzaban á enriquecerse de nuestras sobras, ó mejor dicho de nuestras faltas. Y ¿quién podrá dar con la causa que movia al buen Gillet, que tal era el nombre del gabacho para prorrumpir en semejante denuesto? Ni ¿quién adivinar el motivo que obligaba á guardar silencio á la desventurada esposa, dado que no era muda, ni tímida, ni prudente, sino que á una competian en ella todas las perfecciones mugeriles? Pues era el caso que tenia divertida la boca con el hígado de un ave que daba ocupacion á sus mandíbulas; que el marido apetecia tambien aquel bocado, y que habiéndolo ella asido á tiempo y ganádoselo por la mano, dió origen á aquella pendencia, mas bien parecida á una morisca zambra que á una mesa de cristianos.

Aquí tienen los quejumbrosos moralistas que andar á vueltas con la virtud como con moneda de cambio, haciéndose intérpretes de su valor y queriendo subirla á cada punto de antigüedad para doblar el precio de sus quilates; aquí tienen un matrimonio tan cabal como lo desean: un mismo gusto dominaba en ambos, ó como ahora se dice, unas mismas eran sus afecciones, llevando esta homogeneidad, simpatía ó como quiera llamarse, á un estremo tal de coincidencia, que todas sus disensiones provenian de esta completa uniformidad de pareceres. Vez hubo que se le antojó á Gillet vestirse la saya de su muger, pues sin duda habia nacido para la toga ó las hopalandas; y no dejó esta en cierta ocasion de considerar cuánto mas útil era, aun para el paseo, el baston de su marido, que el engorroso abanico de que ella usaba.

Cuéntase pues que á veces no se contentaban con hablarse recio, sino que tambien venian á las obras, y habia puñada por la parte del marido, y pellizco por la de la muger; pellizcos por cierto no muy parecidos á los que dan los tabacosos en caja propia. Con todo, en el lance del hígado consabido, se contentaron con desearse de todo corazon el uno al otro la muerte; y no pudiera dudar nadie de la sinceridad de su deseo con solo ver su negra catadura, y el horrible gesto que á su imprecacion acompañaba. Acaeció esto la víspera de S. Márcos, santo á quien atribuian sus devotos el raro milagro de revelarles lo futuro, y era por lo tanto creencia del pueblo de nuestros héroes en aquellos dias, que el que hácia las doce de la noche estuviese en vela delante de su iglesia, veria ir entrando en el pórtico las sombras de todos los feligreses que fallecerian en el siguiente año. Nuestro famoso hacendado, aunque frances, creia á pié juntillas en esta supersticion, y desde el punto en que profirió el anatema mencionado, se le vino á las mientes que pues tan próxima tenia la fiesta de su buen santo, bien podria convencerse de si era su mal deseo tan eficaz como lo esperaba: y así no mucho antes de las doce, salióse quedito de su casa, y á guisa de sepulcral fantasma, enderezó sus pasos hácia la iglesia. Ocurriósele en este tiempo á su muger el propio pensamiento, y aguijada tambien por el mismo anhelo que su marido, se dispuso como pudo, y por distinta via concurrió al tenebroso misterio que debia celebrarse delante de la parroquia.

Estaba la noche del santo mas lóbrega que cueva de salteadores, y solo de vez en cuando dejaba ver la luna su rostro resplandeciente por entre las espesas nubes que de intento parecian agolparse para ocultarla. Rompióse una vez el tenebroso velo, y ¡válgame Dios! ¿quién podrá decir el súbito terror que se apoderó de sus almas cuando se vieron tan cerca el uno del otro, teniéndose por fantasmas? Baste saber que se quedaron mas pálidos que dos espectros, y que ambos se dieron priesa á guarecerse en el pórtico de la iglesia; pero sobrecogidos de nuevo espanto, tan grande como el deseo que allí los condujo, se pararon y retrocedieron. Volvió la oscuridad á tender su manto, y á su favor pudieron recobrar el perdido espíritu.

Fácil es figurarse que cada uno creyó ser el favorecido á quien S. Márcos habia marcado el destino de su compañero; así que con tan lisongera idea, gozosos en estremo, marido y muger partie-

ron hácia casa por el camino que cada uno trajo á su venida; y como acostumbraban vivir aparte despues de todas sus pendencias, se metieron en distintos cuartos, sin sospechar siquiera en su recíproca aventura. En seguida llamáronlos á cenar, y en vez de mirarse con el antiguo ceño, se colocaron juntos, no sin gran regocijo en su interior por considerar respectivamente el *destino que los aguardaba*; y entre otros platos les sirvieron una chuleta de ternera; esquisito manjar que de continuo les hacia en otro tiempo repelarse; mas ahora, aunque ella lo veia y se le antojaba, decia entre sí por el marido:—come, come, que cuando mas solo te resta un año;—y otro tanto consideraba él en su interior. Ofreciéronse varias veces la tajada, hasta que por *comun impulso guiados, compartieron* la racion; y luego que hubieron concluido, se retiraron pacíficamente á descansar, lo cual hasta aquella noche, no habian jamás logrado que se verificase. Al siguiente dia, que era casualmente el de cumpleaños de la muger, obsequió esta á Gillet con el fatal hígado de la pasada contienda, bien porque se apiadaba de la efímera vida del pobrete, ó porque reflexionó que despues de muerto, esta y mejores cosas podria ella comer á su sabor en los siete dias de toda la semana si le placia. El marido por su parte tampoco se descuidó en hacerla varias finezas.

Continuaron así por espacio de seis meses, en cuyo tiempo, si no se acrecentó el amor que se tenian, mostrábanse al menos condescendientes hasta un grado que no se conocerian tal vez algunos de nuestros mas enamorados matrimonios. Mas frecuentes que nunca eran ahora los motivos de sus reyertas, pero menos sérias y mas raras ibanlas haciendo ellos de dia en dia, como que miraban con indiferencia lo presente y se fijaban tan solo en el porvenir, considerándose el uno al otro tan sagrado como si ya hubiesen fallecido. A los diez meses llegó el cumpleaños del marido. Sentáronse á comer al mediodia; pero tan desganados estaban ambos, que los mejores platos quedaron intactos sobre la mesa. El, apoyando en ella los codos y metida la cara entre sus manos, atisbaba por entre los dedos el rostro de su muger; y *comenzando el escrutinio* por los ojos, figurábasele que se escapaban de sus órbitas; despues creia ver como se iba consumiendo la carne de sus mejillas, y concluyó por transformar la femenil cabeza en un mero *caput mortuum*. La muger, repantigada en su enorme poltrona, miraba de hito en hito á su marido, y entregada á las mismas ilusiones, advertia que le iban asomando los *descarnados huesos*, y el *color rubicundo* de su cara lo comparaba al blanco yeso de un insensible busto. No es pues estraño que caminando sus pensamientos por la misma senda llegasen al mismo punto, donde el marido fué el primero que rompió el silencio.—Muger, dijo, bien quisiera engañarme, pero pareceis una difunta.—Sobresaltóse ella al oirle, que aunque sus ojos no veian mas que la imágen de la muerte, estaba *muy distante* de concebirla dentro de sí misma; y por esto al ver convertida en contra suya su propia idea, se quedó cual si la losa de un sepulcro se hubiera desplomado sobre su cabeza. Volviendo no obstante en su primer acuerdo, y tomando el perdido hilo de su discurso, contestó con el mismo tono:—pues yo quisiera que viviéseis tantos años como á mí me restan.—Gillet *entonces concibió* el deseo de vivir algo mas tiempo, pues que segun sus cálculos, á dos meses cuando mas se alargaria la vida de la cuitada, y esta reflexion le dejó algun tanto pensativo.

Pero como ya en los postreros meses se habian acostumbrado á respetarse sus gustos, á perdonarse sus estravagancias y hacerse mútuamente el sacrificio de sus inclinaciones, la muger llegó á serle útil al marido, despues agradable y por fin querida, tanto, que recordando su perecedera existencia, se lastimaba continuamente y esclamaba conmovido que iba á ser muy desventurado cuando se hallase viudo. Mas ella no se dolia tanto de la pérdida, sino que estaba aturdida en considerar la ceguedad de *aquel hombre que* cada vez se deslizaba *un poco* mas hácia el sepulcro, como bastaban á demostrárselo, á mas de su entera fe en los milagros de San Márcos, los síntomas de muerte que tan claros en su semblante descubria. Por lo que, dando su cuerpo por perdido, creyó que los deberes de cristiana le imponian el de avisar, al que tanto descuidaba el alma, la proximidad de su postrer momento; y así *con voz pausada, como la gravedad del asunto* lo requeria, preparó la cuestion en los siguientes términos.—¿Cómo estais; Gillet mio?—Fuerte como un toro, querida, (y ella meneaba la cabeza) y deseoso de que goceis de igual felicidad (él tambien imitando su meneo). Siguióse un profundo silencio que indicaba hallarse el marido muy ageno de temer la muerte y de disponer el viage á la eternidad; mas *como hay siempre cierta* propension á ocultar la verdad disimulando, la buena señora creyó ser esto lo que su marido hacia, y determinó por lo mismo desembucharlo todo de una vez, afirmándole que debia morir muy pronto. La sorpresa que estas palabras causaron en el ánimo de su oyente fué mucho mayor porque tenia la boca abierta para descubrirle este mismo secreto á ella; pero al punto conoció el oráculo de donde la infeliz habia sacado el vaticinio. Volvióse pues á mirarla y le preguntó con cierto asombro.—¡Qué! ¿estuvisteis en el pórtico de la iglesia?—Si que estuve.—Y ¿me visteis... así... en forma de espíritu?=Como la noche estaba oscura solo descubrí vuestro semblante: ibais hácia la iglesia por el boquete de los zarzales cuando yo llegaba al cabo del plantío.

Al punto quedóse Gillet estupefacto, pero por fin desahogó su corazon oprimido tanto tiempo hacia con una fuerte carcajada. Largo rato permaneció así riendo y mas riendo, cada vez con dobles gritos parecidos á los histéricos acentos de la hiena, y *la pobre muger que aun no sabia cuál era la causa* de su regocijo, mas bien lo tuvo por un delirio ó una boqueada de las que á la muerte preceden; y ya comenzaba á retorcer sus manos y alzar el grito á los cielos, cuando él para acallarla le dijo:—muger, tú estás loca: lo que viste allí no era mi sombra, sino yo mismo; yo te ví á ti tambien, deseoso de que Dios te quitase de mi lado, pero gracias á su bondad vives aun, y esto es *cabalmente lo* que hace diez meses no hubiera yo dicho sino con increible sentimiento. Ella nada le replicó, porque pasaban tantas cosas por su cabeza que no hubiera sabido esplicarlas; mas por último se arrojó á los brazos de su esposo, le estrechó fuertemente contra su pecho, y mostróle así que tambien ella participaba de su alegría. Desde aquel momento, ya *absteniéndose de toda disension*, ya tolerándose mútuamente sus impertinencias, llegaron á ser los dos esposos mas felices; pero débese advertir que su ventura no llegó á colmo hasta que se vieron sanos y placenteros ámbos en el peligroso dia de la fiesta de S. Márcos.

CAYETANO ROSELL.

AMBIGÚ.

Guisado de conejo.

Despues de haberle destripado y dividido se pondrá en una cazuela con manteca, cerca de media libra de tocino, hasta que tome color retirándole luego. Se añade una cucharada de harina, que se tostará muy ligeramente, en la cual se envolverán los trozos de conejo, humedecidos con mitad de caldo y mitad de vino blanco ó tinto. Cuando esté á punto, se añade el tocino, setas y un ramillete. Un cuarto de hora antes de sacarlos se le echarán cebolletas pasadas por manteca, y reduciéndolo y desengrasándolo se sirve.

En este guisado se ponen tambien trozos de anguilas, alcachofas y coscorrones.

Picadillo de conejo.

Se deshuesa un conejo cocido, se le quitan las membranas, y se pica muy menudamente lo que quede de carne; en seguida se rehogarán en manteca todos los huesos machacados con despojos de ternera, tocino magro, sal y pimienta, polvoreándolo todo con una cucharada de harina. Despues de haberlo meneado bien se le echa leche; y cuando haya hervido durante una hora, en la cual no se dejará de menear, se saca todo, se pasa por un tamiz y se reduce hasta la consistencia de cocido, y se pone con el picadillo que se calentará solamente.

LEBRATO.

Piernas de lebrato mechadas.

Cortadas las piernas cerca del lomo, se las quita el hueso hasta la primera articulacion, y se mechan con tocino delgado, haciéndolas luego cocer con zanahorias, cebollas, ramillete, sal, pimienta y desperdicios de tocino: se cubren con un papel dado de manteca, y se sirven con una salsa acomodada.

Lebrato helado.

Se separa la carne hebrosa, y se echa en trozos en adobo; luego se cuece con caldo y un poco de gelatina, y se cubre con un papel dado de manteca, y puesto á un fuego templado por debajo y por encima. Cuando está cocido se le añade la gelatina y se sirve con salsa de tomate.

Lebrato en menudo.

A los trozos de un lebratillo destripado, cocido con manteca, sal y pimienta, se añaden para consolidarlos setas, peregil y ajos, todo picado, y una gran cucharada de harina. Se humedece todo con vino blanco y caldo; y cuando empiezan á hervir se quitan del fuego para servirlos inmediatamente.

Guiso de liebre.

Destripada una liebre, despues de haberla despellejado, se separa el hígado que se añadirá al resto de la sangre que pueda aun tener en su interior, se hace trozos mas ó menos gruesos: se divide en dos la espalda, y se le quita despues toda la piel muscular del vientre; se corta el lomo por mas arriba de las ancas, y el pecho en diferentes piezas: las ancas, separadas desde su articulacion, se dividen en dos, dejando el intervalo que las reune; la cabeza queda entera, ó se puede tambien dividir en dos partes. Se toma una media libra de tocino picado, que se rehogará en manteca; se añade á todo la liebre partida, que se meneará sin cesar, y se polvoreará con harina. Hecho esto, se le echa vino tinto, agua ó caldo, un ramillete, sal y pimienta, y cuando todo hierva se retira y despuma; se añaden setas, y una media hora despues cebolletas pasadas por manteca, y el hígado despues de haberle quitado la vejiguilla de la hiel; se desengrasa, y cuando está todo reducido, se pasa la sangre por un tamiz, y no se echa sino en el momento de servir, cuando ya el guiso no hierva.

Pastel de liebre.

Se prepara y deshuesa quitando todas las membranas y tendones á una liebre cocida de antemano: se la pica luego en pedacitos gruesos, y se majan en un mortero todas sus carnes reunidas. Al majar se le añadirá una ubre de ternera cocida, juntándolo todo con miga de pan mojado en caldo, al que se echará sal, pimienta, peregil, tomillo, laurel picado, y un batido de yemas de huevo: majado de esta suerte todo, se colocará en una cazuela con lonjas de tocino, y encima el picado; y cubriéndolo con otras lonjas de tocino, se cocerá en el horno. Cuando está ya en sazon, se retira el pastel, y se deja enfriar echándole por encima raspaduras de pan. Si se hubiese pegado, se mete la cazuela en agua hirviendo.

Cogujadas.

Regularmente estas aves se cubren con un embozo de tocino, y se las enfila para ponerlas á asar por docenas ó medias docenas.

Cogujadas en papel.

Quitados los huesos á las cogujadas, se las rellena con un cocido en que se echa hígado picado y criadillas. Para cada una se hace un cajetin de papel dado con manteca, en cuyo fondo se pone el relleno, y sobre él la cogujada con un embozo de tocino, sobre el cual se pone otro papel dado con manteca: así se las pone á cocer en un hornillo, y al tiempo de servirlas se las desengrasa y echa por encima cualquiera salsa.

Mirlo.

Las mismas preparaciones.

MADRID.—SOCIEDAD LITERARIA.—1844.

IMPRENTA DE D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, CALLE DE S. ROQUE, NUM. 4.